

rosas preguntas que se le hacian, declaró lo siguiente: "Yo no fui quien mató al Arzobispo, porque el tiro que le hirió el domingo 25 salió de la ventana de un segundo piso, cuando yo me hallaba en la calle con los insurgentes. Cuando el Arzobispo fue llevado al hospital de San Antonio, yo me replegué á la segunda barricada de la calle de Charenton. A los pocos momentos, y cuando aun se prolongaba el fuego, llegó un insurgente con el cinturón del arzobispo; el cinturón tenia dos borlas de oro en los extremos. Reclamé la mitad: su poseedor no quiso acceder á mi proposición; pero llegó un tercero y cortó el cinturón en tres pedazos con su sable. Es cierto que enseñé el pedazo que me cayó en suerte, y que despues, en un momento de embriaguez dije cosas que podian comprometerme. Luego, temiendo que me comprometiese aquella prenda, la hice menudos pedazos y la arrojé al campo, reservando la borla de oro, que se halla oculta en mi cuarto." Habiéndose confirmado los detalles relativos al cinturón por las declaraciones de los vicarios Jacquemet y Ravinet, que acompañaron al Arzobispo en el momento de su glorioso martirio, se practicaron las diligencias oportunas y se encontró la borla indicada. Francisco Manchon ha sido entregado á la justicia militar."

—El buque de vapor le *Cocyste*, que llegó á Tolon procedente de Arjel el día 7 del actual con la correspondencia y 394 pasajeros militares, ha traído noticias de alguna gravedad. Dicho vapor salió de Arjel en lugar de la fragata de vapor *Labrador*, que fue retenida para transportar tropas á la parte Este, donde acababa de manifestarse una grande agitacion, que en algunas partes ha tomado un carácter de verdadera insurreccion. Otros muchos buques salieron con tropas. Decíase en Arjel á la partida del correo que la agitacion habia ganado una considerable parte de la Kabilia, y que se habia efectuado un choque á poca distancia de Bougie, donde los indijenas se presentaron muy imponentes. (El Popular.)

NOTICIAS DIVERSAS.

Muerte de M. de Chateaubriand.

La Francia y el mundo literario acaban de experimentar una dolorosa pérdida. M. de Chateaubriand ha muerto en Paris el día 4 del corriente á las 8 de la mañana. El autor del *Génio del Cristianismo* ha terminado apaciblemente una vida de las mas agitadas, pero al mismo tiempo de las mas brillantes y gloriosas de los tiempos modernos. M. de Chateaubriand tenia cerca de ochenta años.

Hé aquí la comunicacion que el cura párroco de San Eustaquio ha dirigido á un periódico de Paris describiendo los últimos momentos del célebre poeta religioso de nuestra época.

"PARIS 4 DE JULIO DE 1848.—Muy Sr. mio: La Francia acaba de perder uno de sus mas nobles hijos. M. de Chateaubriand ha muerto esta mañana á las ocho y cuarto. Le hemos recojido su último suspiro, que ha exhalado con todo su conocimiento. Una inteligencia tan preciosa debía dominar la muerte y conservar aun bajo su dominio una aparente libertad.

"El fallecimiento de Mme. de Chateaubriand, acaecido el año último, impresionó tan fuertemente á su esposo, que me dijo en el instante mismo de experimentar su desgracia poniéndose la mano sobre el pecho: "Siento herida de muerte mi existencia y agotado el manantial de la vida; todo es asunto ya de unos meses." La muerte de M. Ballanche, que sucedió á poco, fue el último golpe para su ilustre y antiguo amigo. Desde entonces se observó que M. Chateaubriand no ya descendía sino que se precipitaba hácia el sepulcro.

"Pocos instantes de su muerte, M. de Chateaubriand que habia sido administrado el domingo último, abrazaba la cruz con la emocion de una fe viva y de la mas firme confianza. Una de las palabras que frecuentemente repetía en sus últimos años era que los problemas sociales que atormentaban hoy á las naciones no podian resolverse sin el Evangelio, sin el alma de Cristo cuyas doctrinas y ejemplos ha maldecido el egoísmo, ese gusano roedor de toda concordia. De este modo saludaba M. de Chateaubriand á Jesús como el salvador del mundo bajo el punto de vista social y

"Un sacerdote y una hermana de la caridad estuvieron arrodillados á los pies de la cama de M. Chateaubriand mientras espiraba. Entre las oraciones y lágrimas de aquellas dos personas es como el autor del *Génio del Cristianismo* ha entregado su alma á Dios. Tengo el honor etc.—*Deguerry*, cura de San Eustaquio."

La jeneracion actual debe toda entera derramar una lágrima de dolor sobre la tumba del virtuoso autor de la *Atala* y del *Ultimo abencerraje*!!!

—Dos señoras parisienses que el 26 de Junio atravesaban el pretil de los Olmos, viendo que los soldados estacionados en aquel punto estaban rendidos de fatiga por consecuencia de los combates ocurridos en los dias anteriores, se acercaron á algunos de ellos, y les dijeron:—"Ustedes están muy cansados; aceptad estos veinte francos para tomar con sus camaradas un refriero.—Gracias, señoras, gracias; no podemos aceptar."—Todas las instancias fueron inútiles.—"¡Pues bien! los daremos á otros, si uds. reusan tomarlos.—Como uds. gusten, señoras,—replicó uno de aquellos valientes militares;—pero dudo que encuentren uds. en nuestra compañía quien los reciba."—Esta compañía pertenece al 48 de línea.

—Las salas de las Tullerías presentaban el 26 del pasado un triste espectáculo. Aquellas salas de dorados artesones entapizadas de cuadros de los grandes maestros, se hallaban llenas de heridos unas, otras de muertos. En la galería grande y salas inmediatas habia 77 camas ocupadas por heridos de la guardia nacional, del ejército y de los insurgentes. En una sala especial habia diez jefes de estos.

En la hermosa sala de Luis XIV estaban todavía al pie de la estatua ecuestre del gran rey seis cadáveres tendidos en el suelo. Eran cuatro guardias nacionales y dos insurgentes: uno de estos denotaba ser de clase acomodada.

El terrado que da al jardín estaba lleno de sábanas y colchones empapados en sangre. En otra sala habia seis cadáveres, tres embalsamados: uno de estos es el de Mr. Duneu, comandante de la guardia nacional de Cambrai. Las hermanas de la caridad cuidaban á los heridos, los curas oraban por los muertos, y se ha comenzado á sentir la necesidad de enterrarlos por su olor fétido. De los heridos se cree que morirán muchos. (El Popular.)

VARIEDADES.

DOS NOCHES EN ROMA.

I.

¿Os acordáis de haber visto hace algunos años y en el centro de la calle nombrada de Pequeños-Agustinos, una casa estrecha, de ventanas raras y desiguales, de fachada antigua y ruinosa, cuya puerta está engalanada con una inscripcion en grandes letras de dorado bronce, donde hoy se levanta un pabellon tricolor? ¿Y os acordáis tambien de otra casa que tiene á su lado, con otra inscripcion, con otra bandera?—Pues la primera es la *Escuela real de bellas artes*, y la segunda, *El Monte de Piedad*. ¡Singular contraste.....! Esas dos casas tan tristes y sombrías, que se tocan y confunden... esas dos inscripciones que parecen trazadas sobre una misma línea, que se siguen y remedan á lo léjos.... esos dos estandartes que flamean y se enredan caprichosamente cuando el viento los sacude; parecen decir al hombre con la gravedad de su silencio: "aquí tienes la gloria—allí la miseria!!!"

Este día, en el año de 1825, el jenío de la inmortalidad se hallaba bajo las bóvedas de su templo repartiéndole la gloria, bajo de aquellas bóvedas sagradas donde el entusiasmo habia reunido como en una vasta tumba los restos mutilados y marchitos, los jirones de arte y poesía de nuestra vieja Francia. En la gran sala, oculta bajo primorosas tapizarias, delante de veinte cuadros espuestos á la luz sobre una misma línea; pasaban los artistas, los amigos y los curiosos, pronunciando á media voz una alabanza cuando se hallaban frente á frente del lienzo revestido que sus ojos indagaban. Los anales artísticos conservaban el recuerdo de la impresion vivísima que produjo entonces dicho cuadro, y aun se refiere por algunos espectadores la admiracion muda y profunda de la multitud, así como el asombro de los discípulos; y sin embargo, la obra no estaba concluida: era el bosquejo de un retrato al tamaño natural; pero ejecutado por mano maestra, un pensamiento poderoso y hábilmente comunicado al lienzo.

pintores de crédito, y se miraban despues sin pronunciar una palabra. El silencio de los peritos en circunstancias semejantes, vale mas que un aplauso estrepitoso.

Solo un jóven, de singular hermosura y barba tan limpia y tan suave como el cutis de una doncella, sin rasgos de bozo, se mantenía separado de la muchedumbre, algo embarazado de la admiracion que aquella tributaba al cuadro.

—Amigo mio,—le dijo Gros, tocándole dulcemente sobre el hombro izquierdo; ¿sois vos el que ha hecho esto...?

—Sí, respondió aquel; pero el tiempo me ha faltado...

—¿Qué importa? Es lo mejor de toda la esposicion...

—Perdonad...

—Vive Dios! Esto es sublime, amigo mio.

—Señor...

—Mirad el grupo que se detiene á contemplar vuestro cuadro; y eso que no está concluido. Oh! no hay duda: es preciso que partáis á Roma. Dijo, y le tendió su mano de artista.

—Gracias, maestro, gracias—balbuceó el jóven estrechándola contra su corazón que palpitaba con violencia y con toda la enerjía del reconocimiento al mismo tiempo que rodaban de sus ojos de águila dos gruesas lágrimas de plata. Gracias, repitió, esto vale mas que una corona.—Esa ceñirá en breve vuestra frente.

El maestro se perdió diciendo estas palabras entre el jentío que ocupaba la galería, y el discípulo comenzó á pasear en extremo ajitado:—ocho dias despues habia partido para Roma.

Roma! El delirio de los poetas y pintores....! Ese libro sublime de los tiempos, donde cada edad al pasar se detiene para escribir en una página sus hechos.... esa inmensa ruina del mundo donde el jénio va á buscar en la lóbreguez de los escombros, las huellas indelebles de todas las glorias, de todos los poderes.... esa Roma que él habia estudiado niño aun, desde tan léjos, esa ciudad, en fin, tan béliica y sublime, era la que abria sus puertas para recibirle y encargarse de perfeccionar el gusto delicado del artista....! Iba á verla... á vivir, á respirar con ella... Qué mas puede apetecer un pintor que pisar los límites de Roma....?

El viajero veía huir vagamente, como los árboles del camino, desenvolver ante su mirada distraída, los bellos sitios de nuestra Francia, las montañas laderas, sus valles ricos de cultura, los rios errando majestuosos acá y allá, á manera de cintas de plata colocadas sobre un llano, los lejanos pueblecillos bordeados perennemente de verdor, las inmensas campiñas de la Provenza y Marsella, la gran ciudad con sus recuerdos de Asia y Grecia iluminada por los rayos ardorosos de su sol, con su pueblo activo y caprichoso, y el estrépito de su comercio del Levante. Mas allá el mar, el Mediterraneo con sus soles matinales y vespertinos brillando sobre las aguas del horizonte; y en fin, las embalsamadas costas de la Italia....! Pero él buscaba únicamente á Roma y para Roma guardaba todas las frescas impresiones de su alma, á quien juzgaba ver en cada sinuosidad de la ruta, y en todo el horizonte, y en cada cúpula que distinguian sus ojos, por entre los risueños bosques, y por quien preguntaba en cada pueblo italiano cuyos viejos campanarios se perdían á lo léjos en el azul de los cielos....! Entró, en fin, por la puerta del *Pópulo*: era la tarde, y en medio del vapor tibio que exhalaba el sol próximo á desaparecer, descubrió el pintor á la ciudad que se extendía muda sobre siete colinas, semejante á una sombra gigantesca que reposa encima de su propia tumba....!

Inmediatamente quiso hacerla su primera visita, para cuyo efecto tomó un guía y se hizo conducir al Coliseo. Despues de estar allí algun tiempo, perdido en las sombras de esta inmensa ruina, mansion de las tinieblas y cuyo perfil circular se recortaba caprichosamente casi mas allá de las aguas bajo el limpio cielo de Italia; volvió á discurrir en medio de los palacios modernos y las calles silenciosas de la ciudad que parecia estar concentrada en un solo punto;—en el teatro d' Argentina. En las inmediatas callejuelas el mármol blanquísimo de los edificios brillaba á los reflejos de las antorchas y retemblaba al ruido perpetuo que producian los coches de cien príncipes romanos que venian en tumulto á saludar con prolongados aplausos la primer salida de la *cantatriz á la moda*.

—Señor frances, dijo el guía, este es el teatro d' Argentina, la signora Coronari canta esta noche. La signora Coronari, por Dios baco, la gloria de Roma, de Milan, de Nápoles....! La prima donna de l'Italia....!

Entró el artista, é inmediatamente ébrio de perfumes y armonía, seducido por el esplendor y brillantez de aquel célebre teatro, comenzó á palmoear con el entusiasmo de un romano, apénas se dejó ver en la escena la prima donna: entusiasmo que por grados fué subiendo hasta colocarse en la atmósfera del delirio, sobre todo cuando aquella con una maestría inimitable impulsaba los resortes de su acción noble y...